

LIBROS

SALOMON DE LA SELVA

EL SOLDADO DESCONOCIDO

por Marco Antonio Millán Contreras

Impecablemente impreso por los Talleres Gráficos de la Nación con la portada que Diego Rivera pintó hace más de cincuenta años, resurrecta bajo la bandera de Nicaragua, y con las mismas características tipográficas que José Gorostiza dispuso, como director de *Cultura*, la antología mensual de buenos autores publicada a partir de los años veinte bajo la presidencia de Antonio Caso, José Vasconcelos y Rafael Loera y Chávez—, ha sido puesta en estos días a disposición de un millar de lectores atentos y entendidos, una nueva edición de la magnífica obra *El Soldado Desconocido* del extraordinario poeta centroamericano Salomón de la Selva.

El libro resulta, si se analizan debidamente sus valores y las circunstancias en que éste se produjo, nada menos que el testimonio poético por excelencia de la Primera Guerra Mundial: una *Iliada* rediviva, estructurada con depurados acentos indolatinos, contemporáneamente sin rival, dado que ni Apollinaire, ni Martinetti, ni Pound, ni poeta alguno de la época produjeron nada, que uno sepa, a la altura de la tremenda hecatombe, con pretensión de canto mayor, y apenas dos o tres novelas, como la ejemplar de Remarque y *El Fuego* de Barbusse, calaron con arte verdadero y conmovedor surcos trascendentes sobre el difícil asunto.

Trataremos enseguida de resumir algunos de sus fundamentales méritos, con provecho complementario de las informaciones autobiográficas enhebradas en sus versos, que no obstante reflejar al parecer un puro discurso ideológico y emotivo, resultan para nosotros una realidad tan completa y digna de fe como el documento mejor protocolizado sobre el caso.

El *Testamento* que inicia los movimientos líricos de la obra, precisa, con dedicación a quienes brindaron comprensión y aliento afectuoso a la vida del testador: que éste marcha lúcido, “y con hondo sentir y

con valor seguro” al enfrentamiento de la violencia homicida por amor a la libertad y para legar a quienes ama la gloria de su posible muerte y la leyenda que de ella pueda surgir. Desarrolla al principio un estilo y un tono nada experimentales, sino más bien encauzados en las formas y en los postulados de su maestro Darío, quien con satisfacción especial hubiera podido firmar el órfico documento con que inicia su libro el cachorro leonés, ya que con mucho los dos resultan consubstanciales en

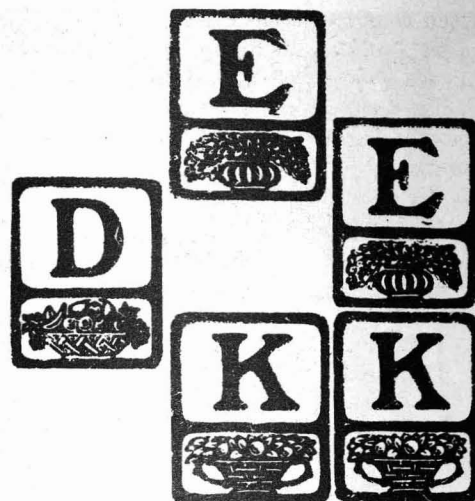
...un coraje de siglos y de razas y de saber ser mar, volcán y río y nube, por orgullo y nobleza y por gracia y por fe’...

como resume Salomón los impulsos que lo llevan al frente de batalla.

La apertura del fuego. Allí, mientras aguarda entrar en acción, su bayoneta recta y fuerte, le revive la memoria de su primera novia; como el sol en el brillo de su arma, ella era deslumbrante “cuando pasaba sola del convento a su casa”. Imagina que la Muerte va a tocar “una danza vieja que no tendrá fin —en la tierra, en el viento, en el mar—”, y se condeue con dulzura arrastrado en el giro irrefrenable de los hechos, hasta que su aliento amoroso se convierte en alba flor volátil, algo como el recuerdo de un héroe en el sueño de una doncella. No conoce aún el temor, y menos el pánico, todavía; ni el dolor supremo ni el hambre máxima que han de mortificarlo y de contrariar su impulso al poco tiempo, en el combate o en las trincheras, y puede así su ternura sin resentimiento ni prevenciones maliciosas, cantar por cantar, avanzando con incauta confianza conmovedora hacia las espectativas más oscuras y escabrosas de su destino.

Es hasta la parte que él llama *Soldado Nuevo* en su *Primera Carta*, donde empiezan a cristalizar algunas luces de la diamantina calidad, intemporal y ecuménica, que ha de reconocerse con el tiempo como característica de las obras fundamentales de De la Selva.

La misiva nos permite seguir su salida desde Suffolk y transmite la incertidumbre del viaje, el estremecido testimonio de su proximidad a la acción, desprendido de pronto de toda influencia literaria anterior y de cualquier artificio o ventaja del profesionalismo literario, para expresarse en la



llanura de un estilo artística y humanitariamente apropiado en grado sumo, cuyas posibilidades despliega muchas veces después, perfeccionándolas, y que al correr de los años tomaron como modelo de difícil facilidad para comunicación de vivencias propias otros poetas muy alabados entre nosotros.

Parece mentira que con la familiaridad de unos cuantos elementales vocablos pueda alcanzar la opulencia sustancial y el lujo de matices emocionales con que se manifiesta cuando nos comunica novedades de su desembarco:

*El cañoneo se oyó como debajo de la tierra.
Lo que sentimos es religiosidad bárbara,
y lo que he visto sentir a las bestias
cuando retumba el cielo en Nicaragua:
Necesidad de mugir mirando al cielo
y de volver y revolver los ojos
y de sobresaltarse...*

y un poco después, ya dentro de más hondos círculos de horror en las peripecias de la lucha de trincheras, ante la espectativa asfixiante del gas:

*Todos enmascarados,
iguales a demonios,
vimos llegar rodando la amarillenta nube larga.*

*Envolvió las defensas de alambre
y nos envolvió a todos
y se echó en la trinchera, dragón de humo,
entre un clamor de gongos y campanas
y de timbres eléctricos.*

Dentro de la misma desgarradora objeti-



vidad el novato combatiente reporta luego otros sucesos de su vida en campaña y atiende y se dedica mejor que al cuidado de los peligros, las molestias y las mortificaciones propios, a compadecer las diversas formas de dolor, de pobreza de espíritu o de desconcierto del prójimo, que por doquier se evidencian siempre como de mayor gravedad que las que a él va deparando la Fortuna:

*Echados en el lodo
hay muchos vomitando los pulmones.
Relinchan presa de los estertores de la muerte.
Los ilesos estamos cada cual en supuesto
y bendecimos al ron que nos reparten.
Con ojos inyectados atisbamos el frente:
Ya no están unos álamos que había. . . 17*

De esta manera puede luego producir piezas de mérito tan exclusivo como *La Bala*, cuya poderosa comunicatividad espiritual ha sido durante más de cuarenta años una especie de oración o himno para muchos jóvenes intelectuales latinoamericanos puestos en situación de lanzar su vida a la violencia extrema, pugnando por su convicción, su necesidad o sus aspiraciones de renovación político social. *La bala que me hiera*, proclama con iluso fatalismo alegórico el novel guerrero:

*será bala con alma,
Y el alma de esa bala
será, como sería
la canción de una rosa
si las flores cantaran,
o el olor de un topacio
si las piedras olieran,
o la piel de la música
si nos fuese posible
tocar a las canciones
desnudas, con las manos.*

Es decir, piensa y siente que la muerte resulta por lo pronto algo increíble, irrealizable para la ardorosa congruencia vital que él disfruta, y sólo puede concebirla en última instancia como un supremo logro amoroso, justificando previamente, por si acaso un eventual impacto lo derriba en el polvo:

*Si me hiere el cerebro
me dirá: Yo buscaba
sondear tu pensamiento.
Y si me hiere el pecho
me dirá: Yo quería
decirte que te quiero.*

Amor y fantasía llevados a términos imponderables, que el poeta extiende a otras creaciones como *La Lira*, donde pretende para acompañamiento de su canto, encontrar un instrumento de alambre erizado de púas, *que desgare los dedos y no pueda tocar cualquiera*, pero que él domine al grado de arrancarle un nuevo ritmo, capaz de conjugar con sobrehumanas energías la profunda musicalidad de los astros. *Elegía, Prisioneros, Carga la bayoneta y Granadas*, son también parte de la obra digna de consideración muy especial. A través de ellas y del segundo agrupamiento de "cartas", De la Selva sigue dominando



perspectivas de extensión creciente que abrevian el proceso de su edad con primicias de acelerada madurez y amoroso sentimiento despersonalizado y humanitariamente sostenido al correr de las fechas, cabe las espantosas, deprimentes o incómodas alternativas del frente de batalla.

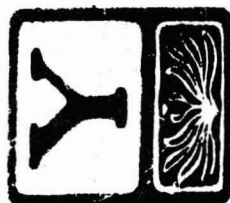
Agrupar en dichos adelantos tomas de conocimiento definitivas, como la de que el enemigo no es en verdad el monstruo feroz que su prejuiciosa animosidad imaginó en el principio de la lucha, y como la de que puede tener con él tantas necesidades y satisfacciones, tanta repulsión y simpatía en común, como las que comparte con su más próximo compañero de filas. Descubre y denuncia que bajo el celo con que lleva a cabo el cumplimiento de su militancia, la guerra pierde a sus ojos las justificaciones y motivos que a ella lo atraeron, pues todo cuanto va percibiendo del aparato guerrero cuya acción lo arrastra, es inhumano y execrable; y, ganador inesperado de una honrosa condecoración, fiadora de excepcional bravura, demuestra que la presea no le produce agrado sino más bien disgusto y remordido sinsabor. Al enviarla a su amada de León de Nicaragua como prenda conmemorativa, le confía con burlona ternura autocrítica:

*Quiero, por si me muero
confesarte que casi
todas las noches lloro,
pero que sin embargo
me estoy poniendo gordo,
y ya nada me importa
quiénes ganen o pierdan
pues no se cómo, ahora
lo único que creo
es que la guerra es mala.*

Cualquiera, con tal deterioro de la moral combativa, podría considerar las condiciones dichas como explicables y propicias para un decaimiento del personal empeño generoso y hasta para el abandono del deber en todos sentidos; más la desvalorización de los pos-

tulados éticos, la quiebra de valores dada en torno suyo no conduce de ninguna manera a nuestro poeta al licenciamiento de la voluntad vitalista y del impulso creador. Lo prueba la hazaña espiritual que lleva a término feliz enseguida, en la que se conjugan entusiastas principios místicos y admirables teorizaciones artísticas con envergadura y nobleza de manifiesto poético universal. Nos referimos a *El Canto de la Alondra*, que se eleva sobre la creación precedente del poeta con virtud, vigor y gracia clásicos en la acepción más rigurosa del vocablo. Con igual encendimiento da cima por otra parte a esa otra pieza prodigiosa, *La Paz*, que concierta en una sucesión de impresiones —cambiada casualmente por un grupo de reclutas en momentáneo receso— fundamentales problemas sociológicos e individuales de todos los tiempos, para resumir que: nos damos los simples, los mansos de corazón y los ilusos el consuelo de condenar la crueldad multiforme de la guerra, midiéndola con las ventajas y los provechos de la paz, sin advertir que también ésta padece siempre en lo profundo repugnante corrupción y destructiva impiedad organizada y permanente, o sea, que nuestra seguridad más firme y confiable no pasa de ser un transitorio equilibrio entre ajenos impulsos contrarios.

Por respeto a sí mismo. La gravedad de una intempestiva lesión que padece nuestro héroe corta el éxtasis del primero de estos poemas. El daño es tan serio que determina su internación en un hospital de Londres. Allí acrisola dolor tras dolor pero acaba por cuajar muy limpios propósitos afirmativos, con los que se salva de la corrosiva ola nihilista que a tantos de sus compañeros abrumba. Por lo mismo, a medida que recupera la salud, su reflexiva convalecencia se entrega a otro período de intensa actividad, y por respeto a sí mismo decide volver al frente, no obstante asegurarse día tras día en aumentada convicción, de que no tiene por qué seguir ofrendando su





sangre limpiamente en aras de una incorregible sociedad por doquier lastimosa, que fomenta el odio en cada hogar, que exalta los vicios como virtudes, que atropella el honor y la justicia y que, jactándose siempre de generoso desprendimiento, practica en lo privado el lucro contra el prójimo con voracidad tan sistemática como la del mercader profesional.

Comprendemos que va a ser injusto dejar fuera de mención en el examen de este libro, por último, trabajos posteriores también de magnífico relieve, mas el espacio disponible no nos permite ya sino citar precipitadamente *De Profundis*, en el que se revela con orientadora solicitud exquisita que el amor bien sentido "es una arroba-dora y religiosa cortesía", y la *Oda a Safo*, primera de sus composiciones realizada a la manera clásica griega.

Los versos discurren en dicho poema en una racha de airoso y refinado desdén, quejoso el autor de haber buscado en vano el Jardín de Pieria y de que sean muy poco fidedignos los testimonios sobre la belleza dejados por Safo, su remota hermana sacramental, a la que coloca entre bien labrados frisos verbales sobre evocaciones de precoz erotismo motivadas en el León de Nicaragua de sus años párvulos, bajo la influencia extraña y perturbadora de una chicuela mulata. Puede además hablar allí de cuanto le viene en gana, con la más admirable soltura, por momentos llevada a virtuosismos de tan contrastada impresión efectista, como aquel en que al referirse a cierta fortuita conversación de soldados, anota:

*Uno ha dicho una frase
que debe de haber hecho
temblar a las estrellas
y arrojar sus lanzas,
y cubrirse los rostros
con las manos:
¡a mi mujer le apestan los sobacos!*

Nos lastima considerar que, al fin de cuentas, por cada uno de los sorprendentes pormenores estilísticos a que nos hemos referido, dejamos de citar mucho más de variada riqueza comunicativa, propiciadores de múltiples apreciaciones inesperadas, como el recién señalado, pero tenemos ya que dar término a estas páginas sobre *El Soldado Desconocido*, cuya reducida edición, a casi medio siglo de ser lanzada a la

luz, ha convertido los primeros ejemplares que de ella se conservan en verdaderas joyas bibliográficas.

Con lo que va reseñado y discernido hasta aquí, es posible sostener: 1o. Que *El Soldado Desconocido* es una obra excepcional en la que se concentran sublimadas esencias del complejo emocional y reflexivo de toda la juventud arrastrada internacionalmente por el torbellino de la Primera Guerra; 2o. Que la trayectoria del canto, enlaza vivencias muy elocuentes del terrible acontecer objetivo y episodios de la encarnizada contienda subjetiva del poeta, con diversos y generosos sustentos para el interés y la comunión espiritual, a la altura del gusto más exigente, y 3o. Que por dicha empresa lírica Salomón de la Selva resulta mundialmente el poeta de mayor y más estimable cumplimiento dentro del tema y la época de su concepción —como al principio motivamos— y con derechos suficientes para reclamar su parte de los honores rendidos a la cifra ideal del héroe ignorado, ya que, a todo esto él mismo definió: "El Héroe de la Guerra" —puesto que un héroe debía resultar, porque para eso se peleó, ya que toda lucha y aun todo esfuerzo no son sino para hacer florecer un hombre superior— el héroe de la guerra es *El Soldado Desconocido*."

BETTY R. SCHARF

EL ESTUDIO SOCIOLOGICO DE LA RELIGION

El libro (publicado antes en inglés: *The sociological study of religion*, 1970), se abre con una primera delimitación del tema y una historia de las ideas de los fundadores de la disciplina, desde Comte a Durkheim, Hobhouse, Troeltsch y Max Weber. El segundo capítulo de la obra expone la noción de las religiones como emociones tribales, y el tercero se refiere a las religiones primitivas en tanto que base del trabajo sobre el tema hasta Durkheim. El cuarto capítulo atañe a las teorías que, de Marx a Freud, reducen la religión a su papel canalizador u organizador de determinadas necesidades sociales. Los capítulos quinto, sexto y octavo (el séptimo se refiere íntegramente a Max Weber) tratan de la situación de la religión en sociedades complejas o no primitivas, y el último de ellos en particular



sobre las sociedades industriales de la actualidad.

El estudio sociológico de la religión es, en su campo, una obra sobresaliente tanto por su completa documentación como por la claridad y don de síntesis de su método expositivo, consistente en la exposición simultánea de los principios teóricos de los sociólogos más importantes y el estudio directo de los hechos que explican y justifican dichos principios.

A. E.

Ed. Seix Barral, Barcelona, 1975, 296 pp.

GENERAL VICENTE ROJO

ESPAÑA HEROICA

El general don Vicente Rojo Lluich (1894-1966) fue, como es sabido, una de las figuras militares más relevantes de la guerra de España. Hombre profundamente católico, imbuido de un sentido rigurosamente profesional de su condición militar, permaneció leal a la causa republicana hasta el final de sus días. El general Rojo pasará a la historia, sobre todo, por su labor al frente del Estado Mayor Central de la República, pero también como autor de tres libros esenciales para la historia de la guerra civil: el que aquí comentamos, *¡Alerta los pueblos!* y *Así fue la defensa de Madrid*.

En *España heroica*, el general Rojo presenta, como indica el subtítulo, "diez bocetos de la guerra española". El solo enunciado de los capítulos es revelador del contenido del libro: 1) El ejército popular; 2) Madrid; 3) El Jarama; 4) Guadalajara; 5) Brunete; 6) Belchite; 7) Teruel; 8) Levante; 9) El Ebro: la maniobra; 10) El Ebro: la batalla.

